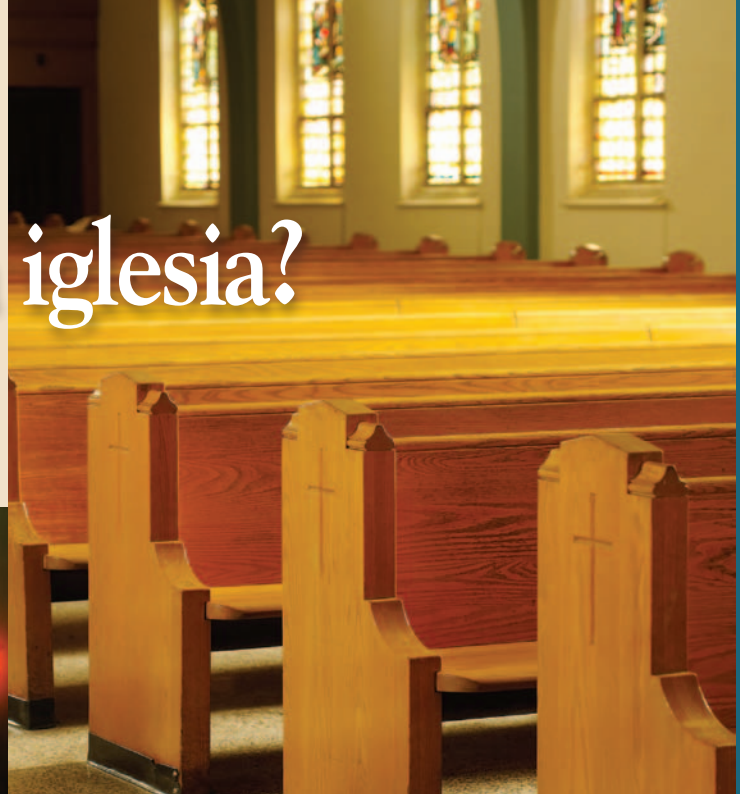


¿Qué busca la gente en una iglesia?

¿Qué cualidades hacen que alguien visite una iglesia y se quede en ella?



RESPONDER A ESTAS DOS preguntas no es tarea fácil, porque a las iglesias llegan personas de diferentes sexos, edades, profesiones, y niveles de madurez personal y espiritual. A la iglesia llegan tanto inconversos como cristianos que están dando sus primeros pasos y buscan ubicación, y cristianos que ya cuentan con un buen nivel de crecimiento espiritual, y buscan una iglesia donde desarrollar al máximo los dones que de Dios han recibido. No obstante, podemos mencionar algunos de los casos más comunes, teniendo en cuenta que lo que busca la gente en una iglesia es tan diferente como lo puede ser cada persona de otra.

Los jóvenes por ejemplo, buscan encontrar un lugar donde tengan espacio para ser ellos mismos; donde se sientan identificados con otros jóvenes; donde lejos de ser rechazados y descalificados, puedan ser acogidos con sus ideas, su forma de ser y su forma de pensar. Los jóvenes se sienten especialmente atraídos por la música y la tecnología, de tal manera que muchos de ellos son atraídos por los grupos de adoración y alabanza, y mucho más si estos grupos

cuentan con variedad de instrumentos interpretados por excelentes músicos. Mientras más duro suena la música, más tocará las fibras más profundas de sus corazones; y si la música está combinada con juego de luces y efectos de sonido, esto será todavía más motivador. No obstante, si el joven proviene de una familia disfuncional sólo permanecerá en la iglesia si en ella encuentra una familia. Si la relación con su padre o su madre es deficiente, permanecerá allí en la medida que encuentre en un tutor o discipulador, alguien que esté dispuesto no sólo a escucharlo sin recriminar todas sus acciones, sino a aconsejarlo, enseñarlo y caminar con el en el proceso de cambio.

Igual podría pasar con los hombres y las mujeres, porque mayormente las iglesias cristianas son visitadas por hombres y mujeres que están en



Por: Martha Lucía Restrepo Vega

“Sé diligente en conocer el estado de tus ovejas, y mira con cuidado por tus rebaños” (Proverbios 27:23).

momentos de conflicto en sus vidas. Una ama de casa puede asistir a la iglesia buscando un momento de tranquilidad en el que pueda pensar en ella misma, ya que las veinticuatro horas del día y los siete días de la semana sólo puede pensar y trabajar en pro de su familia. Tal vez vaya a la iglesia buscando encontrar guía y orientación para educar a sus hijos; tal vez buscando un poco de paz frente a sus conflictos matrimoniales (soledad, insensibilidad por parte de su esposo, infidelidad, maltrato físico o verbal, indiferencia, etc.), tal vez lo haga por necesidad económica, etc.

Independientemente de la situación que la haya motivado para visitar la iglesia, la mujer permanecerá en ella cuando vea que la iglesia es un verdadero lugar de cambio y crecimiento en su propia vida. Claro, la mujer igualmente necesitará que los miembros de la iglesia sean una familia para ella; necesitará ser escuchada y recibir consejería bíblica y oportuna; y en muchos casos, también necesitará que le den un espacio para hacer algo que la haga sentirse útil y productiva. Algo en lo que se pueda desempeñar eficientemente.

En el caso de los hombres las cosas no son muy diferentes. Muchos de ellos llegan a las iglesias cristianas cuando ven que sus familias se están desintegrando, cuando el control y la educación de sus hijos se han salido de sus manos y ahora ven como se sumergen en las drogas, el alcohol, la pornografía y las malas amistades. Seguramente algunos hombres llegarán en busca de respuesta a sus necesidades económicas, en busca de trabajo, o por temor a perder el que ya tienen. Estos hombres al igual que los jóvenes y las mujeres necesitarán ser escuchados, aconsejados y confrontados con sus propias vidas. Necesitarán un verdadero amigo que pueda decirles quiénes son verdaderamente, y cómo mucho (por no decir todo) de lo bueno

y lo malo que ocurre en su familia es producto de lo que él mismo es.

Por otra parte, están los “solos” maduros, por no llamarlos los “solterones”, término en muchos de los países latinos un tanto despectivo. Estos “solos” llegan a las iglesias buscando no solamente una familia. Seguramente tendrán otras expectativas, como buscar un lugar de desarrollo tanto profesional, como personal y espiritual. Podrán hacer gran énfasis en sus logros, sus estudios, sus especializaciones, etc.; pero al igual que todos los demás, necesitarán ser escuchados, acogidos y rodeados. Lo que he podido ver en las iglesias es que muchos de los hombres y mujeres maduros y solos, necesitan ser cubiertos. La soledad es una tremenda consejera, la cual lleva a aquéllos que no tienen una vida de relación íntima con Dios, por caminos peligrosos, seduciéndolos a cosas que sólo llenan sus vacíos por breves momentos de tiempo, para después hacerlos sentir más solos y brindarles otra oportunidad de llenar su soledad con algo que supera la experiencia anterior; pero solo ayuda a su destrucción. Esto me hace recordar la soledad de un hombre que buscando encontrar una mujer con quien compartir su vida, un día Satanás habló a su corazón y le dijo: “Tengo alguien para ti. Esta persona es comprensiva, cariñosa y te puede acompañar a todas partes. Estarás bien con esta persona”. Cuando el hombre entusiasmado quiso saber de quien se trataba, Satanás le respondió: “Bueno, es que no pude conseguirte una mujer, pero este hombre también está solo y harás una buena pareja con él”. Tal es el engaño del enemigo sobre aquéllos que están sufriendo su soledad y no cuentan con ningún tipo de protección.

El joven que llega a la iglesia por curiosidad, buscándose un espacio, o por insistencia de algún amigo; la

madre de familia que llegó para mitigar su carga y darse un poco de tiempo; el padre que lo hace para salvar su familia y mantener su trabajo; los solteros mayores que creyeron que en la iglesia tendrían la posibilidad de encontrar su compañero o compañera, etc., todos ellos en dimensiones diferentes necesitarán lo mismo:

1. Ser aceptados tal y como son. Cristo amó los pecadores sin aceptar su pecado.
2. Ser escuchados en su necesidad interior, física, emocional, de realización; en su conflicto personal, en su deficiencia profesional, etc. No sólo las personas grandes desde la perspectiva humana deben ser escuchadas. Los niños, los discapacitados, los humildes, los menos estudiados deben ser escuchados con tanta atención y con tanto amor, como podrían hacerlo con el magnate que de quedarse en la iglesia entregaría diezmos millonarios.
3. Ser discipulados, no por cualquier persona ni de cualquier manera. Los que llegan a las iglesias deben ser discipulados por hombres y mujeres de Dios, llenos de Su Espíritu y con gran discernimiento, para que realmente restauren vidas y no terminen de destruirlas. ¡Cuán gran responsabilidad tenemos al momento de aconsejar!
4. Ayudarles a desarrollar al máximo los dones y talentos que Dios les ha dado, porque Dios dio a todos los hombres diferentes dones. Recordemos que el enemigo roba nuestros dones cuando éstos no son utilizados para la gloria de Dios. El mundo puede descalificar a las personas por lo que son, por lo que hacen y por lo que no tienen; pero los cristianos estamos llamados a aceptar, restaurar y cuidar de sus vidas hasta que cada nuevo visitante se convierta en un verdadero discípulo de Cristo y crezca a la estatura del Varón Perfecto.